Boletin de Noticias NS

NSDAP/AO : PO Box 6414
Lincoln NE 68506 USA
www.nsdapao.org

#1158 25.05.2025 (136)

Hitler en guerra : ¿Qué ocurrió *realmente*?

por A.V. Schaerffenberg

Parte 5

Capítulo 4:
Preludio de la guerra

Os resistís a cualquier tipo de paz. Queréis la eterna recurrencia de la guerra y la paz."

Friedrich Nietzsche
Introducción, *Así habló Zaratustra*

Cuando el Tercer Reich nació el 30 de enero de 1933, los opositores, tanto dentro como fuera de Alemania, estaban convencidos de que pronto se derrumbaría. Su idea errónea se vio reforzada por el divisivo Putsch de Roehm en julio del año siguiente. Pero en 1936, por fin se dieron cuenta de que el nacionalsocialismo era un fenómeno que sólo podía ser eliminado mediante una agresión militar externa, que estaban decididos a emplear en las circunstancias apropiadas; en otras palabras, cuando el rearme estuviera completo y las masas de gentiles de otras tierras estuvieran suficientemente condicionadas para arriesgar sus vidas como

carne de cañón.

Los alemanes habían depuesto voluntariamente sus armas tras la Primera Guerra Mundial a instancias del presidente estadounidense Woodrow Wilson, quien prometió que los Aliados les seguirían poco después con sus propios programas de desarme. En cambio, Gran Bretaña y Francia no sólo conservaron sus fuerzas armadas, sino que continuaron desarrollándolas, años antes de que el Führer se convirtiera en Canciller. "El pueblo alemán y el gobierno alemán no han exigido armas en absoluto", declaró en una emisión de radio internacional el 16 de octubre de 1933, "sino igualdad de derechos. Si el mundo decide eliminar todas las armas hasta la última ametralladora, entonces estamos dispuestos a unirnos a tal convención. Si el mundo decide abolir *determinados tipos* de armas, entonces estamos dispuestos a prescindir de ellas desde el principio. Pero si el mundo decide que sólo ciertas naciones pueden armarse, pero otras no, entonces no estamos dispuestos a permitir que se nos excluya como pueblo con fundamentalmente menos derechos."

A lo largo de la década de 1930, presentó una propuesta tras otra para el desarme mutuo europeo, pero la prensa aliada le tachó de "belicista". Ya en 1934, demostró la seriedad de sus intenciones finales nombrando a Joachim von Ribbentrop Comisario Especial para el Desarme. Once años más tarde, durante los últimos días del conflicto internacional que pretendía evitar, Hitler recordaba en su testamento: "He hecho tantas ofertas para la reducción y eliminación de armamentos, que no pueden explicarse por toda la eternidad, que la responsabilidad del estallido de esta guerra no puede recaer sobre mí. Además, nunca deseé que después de la terrible primera Guerra Mundial surgiera una segunda guerra contra Inglaterra o incluso contra América."

Consciente de la agitación internacional contra su régimen debidamente elegido, Hitler se movió rápidamente para establecer relaciones pacíficas con los vecinos de su país. La Italia fascista ya estaba cordialmente dispuesta hacia la Nueva Alemania por motivos ideológicos. Pero Francia e Inglaterra eran viejos enemigos. Para asegurar a esta última, hizo que von Ribbentrop negociara el Acuerdo Naval Anglo-Alemán en Londres el 18 de junio de 1935. En él se reducía permanentemente el número de buques de guerra de la Kriegsmarine al 35% de la capacidad de superficie de la Royal Navy, demostrando así la intención del Tercer Reich de no desafiar nunca al poder marítimo británico. Sin embargo, esta generosa medida no fue correspondida. Tras más de dos años de negociaciones de desarme mutuo con los británicos, éstos le informaron en términos inequívocos de que Inglaterra *no* cumpliría el Tratado de Versalles, que ellos mismos habían firmado, en lo que respecta a la reducción de su producción militar, sino que, de hecho, seguiría mejorando y ampliando sus fuerzas armadas.

Con la incesante agitación judía a favor de la guerra aumentando en Gran Bretaña, como en otros lugares, Hitler sabía que ahora tenía que rearmar a la Wehrmacht, si Alemania quería tener una oportunidad de luchar contra la coalición de estados judaizados que se estaba formando a su alrededor. Ante los franceses, en un gran esfuerzo por ganarse al tradicional enemigo de Alemania, renunció a todas las reclamaciones sobre territorios en disputa en los que aún residían grandes poblaciones de sus compatriotas (como Alsacia Lorena), e hizo numerosos movimientos diplomáticos de acercamiento. Por ejemplo, "en 1935, recibió en Berlín con honores especiales a una delegación de ciegos de guerra franceses encabezada por el diputado Scapini, que también era ciego", según Leon DeGrelle. Y "organizó una peregrinación de veteranos alemanes a Douamont con el fin de confraternizar con sus antiguos adversarios franceses."

Desde 1928, cinco años antes de que Hitler llegara al poder, los astilleros alemanes habían estado construyendo un acorazado que desafiaría a la Clase *Dunquerque*, el mayor tipo de buque armado de la Armada francesa, pero éste ordenó su desmantelamiento como gesto de paz. Los políticos de París respondieron a estos movimientos forjando una alianza militar con la Rusia comunista dirigida específicamente contra el Reich. Sus acciones no tenían nada que ver con la diplomacia de Hitler, sino que su único objetivo era aplastar a Alemania. Muchos franceses se sintieron horrorizados por la indignante conducta de su gobierno. "A partir de ahora", exclamó el estadista Benoist-Mechin tras la ratificación del pacto franco-soviético el 27 de febrero de 1936, "estamos en una peligrosa cuesta abajo".

Incluso los británicos pensaron que los franceses habían ido demasiado lejos. Su Secretario de Asuntos Exteriores, Sir John Simon, dijo a su embajador en Francia que "hiciera saber en términos inequívocos que a Inglaterra le inquieta que Francia concluya un tratado que podría conducir a la participación en una guerra contra Alemania en condiciones incompatibles con el párrafo dos del Pacto de Locarno". El párrafo al que aludía Simon especificaba que sus signatarios, entre los que se encontraba Francia, se comprometían a no aliarse nunca con ningún estado con el propósito de rodear a otro país. El pueblo francés no tenía nada que ganar y sí mucho que perder (como finalmente ocurrió) alineándose con Stalin en contra de sus propios intereses vitales. Tal pacto suicida con el Diablo sólo podía servir a los judíos, que estaban agitando abiertamente en todos los países aliados y neutrales a favor de "una guerra santa" contra Alemania, sin tener en cuenta el derecho internacional o los sacrificios que los gentiles sufrirían para hacer del mundo un lugar seguro para los judíos.

Para demostrar que no se dejaba intimidar por tales tácticas gangsteriles, el 7 de marzo Hitler envió a sus tropas a reocupar Renania. Su propio nombre la identifi-

caba como alemana, no francesa. Como parte del botín que les habían prometido los especuladores de guerra autores del Tratado de Versalles, los políticos de París, movidos por la codicia y la eterna venganza, habían arrancado Renania a una Alemania de posguerra postrada por la derrota. Los mismos medios de comunicación que aullaron de indignación ante la "invasión" de Renania por Hitler nunca publicaron una palabra sobre "la expulsión de miles y miles de familias de sus hogares" por parte de los franceses (Brinkley, 9). Para humillar aún más a los indefensos renanos, se utilizaron soldados coloniales negros de Sudán como tropas de ocupación.

Esta despreciable medida indignó a la gente de todo el mundo y expuso a los franceses como totalmente movidos por un odio sin sentido. En una declaración de la British Broadcasting Corporation, el famoso dramaturgo George Bernard Shaw condenó la toma de Renania por los franceses con negros armados por "no entrar en el juego de la civilización occidental". La "remilitarización" del Ruhr por Hitler revirtió esta vergonzosa situación y envió un claro mensaje a los políticos franceses: Si provocaban un enfrentamiento, serían los primeros en sentir sus consecuencias. Retrocedieron, pero el mundo había entrado en la "peligrosa cuesta abajo" hacia la guerra.

Nunca se insistirá demasiado en que el Führer decidió el rearme alemán en ese momento sólo debido a las incesantes amenazas francesas y a su firme falta de voluntad para buscar soluciones pacíficas a los problemas internacionales. Mientras él se esforzaba por llegar a un acuerdo con todos los pueblos arios debido a sus lazos afines de sangre y cultura, los políticos aliados sólo pensaban en destruir todo vestigio de nacionalsocialismo a instancias de sus pagadores judíos, que ya habían declarado la guerra al pueblo alemán. El mismo acorazado que Hitler había ordenado desmantelar en señal de buena voluntad hacia Francia, ahora ordenaba reconstruirlo. Unos años más tarde, los Aliados pagarían cara su negativa a aceptar su rama de olivo, cuando el poderoso crucero de batalla *Scharnhorst* se convirtió en su azote y humillación en el mar.

Mientras los títeres políticos franceses de la judería internacional jugaban con fuego, una coalición marxista en España robaba las elecciones nacionales de ese país mediante el terror y la corrupción. Aunque la mayoría de los españoles votó lo contrario, los comunistas y anarquistas tuvieron la *desfachatez* de llamar a su nueva alianza Frente "Popular". El gobierno de Madrid estaba a punto de ser secuestrado por esta cábala bolchevique, cuando estalló una auténtica rebelión popular contra él. En el verano de 1936, España estaba sumida en una guerra civil. La resistencia patriótica fue liderada por José Antonio de Rivera, fundador del Movimiento Falangista, la versión española del fascismo. Su ejecución por un tribunal comunista desató la resistencia nacional.

El 26 de julio, los vigilantes soviéticos aprovecharon la angustia interna española, que veían como una oportunidad para establecer su tan soñado punto de apoyo en Europa Occidental. Stalin envió "asesores militares" y material a los republicanos marxistas. Pronto, no sólo la ayuda financiera, sino también las armas - incluidos los últimos cazas y bombarderos de la Fuerza Aérea Roja- llegaron a España desde la URSS. Para contrarrestar esta afluencia de hombres y armas, los nacionalistas necesitaban trasladar su ejército de Marruecos a los campos de batalla ibéricos de una vez, pero carecían de los medios para hacerlo.

Un desesperado Francisco Franco, en representación de los intereses patrióticos de su país, pidió ayuda a Mussolini y Hitler. "¿Podíamos los fascistas dejar sin respuesta aquel grito", se preguntaba el Duce cinco años después, "y permanecer indiferentes ante la perpetuación de crímenes tan sangrientos cometidos por los llamados 'Frentes Populares'? ¿Podíamos negarnos a prestar nuestra ayuda al movimiento de salvación que había encontrado en Antonio Primo de Rivera a su creador, asceta y mártir? No. Así, nuestra primera escuadrilla de aviones de guerra partió el 27 de julio de 1936, y durante ese mismo día tuvimos nuestros primeros muertos."

Por su parte, el Führer ordenó el envío de una flota aérea de aviones de transporte al norte de África, desde donde transportaron al ejército nacionalista a España justo a tiempo para impedir la toma de Iberia por los rojos. De este modo, Adolf Hitler ideó y llevó a cabo el primer transporte aéreo militar de la historia. No sólo salvó a España, sino a toda Europa de ser reducida a una extensión de la Unión Soviética. Como el Führer comentó más tarde, "Franco debería construir un monumento al Ju-52". El Junkers Ju-52, cariñosamente conocido como *Tante* Ju, o "Tía Ju", por sus tripulaciones, fue el avión que transportó a las tropas nacionalistas desde Marruecos.

Durante los tres años siguientes, la Guerra Civil Española amenazó con convertirse en una conflagración mundial, ya que Stalin intensificó su apoyo a los republicanos. A ellos se unieron voluntarios comunistas de ultramar, a menudo con la bendición y ayuda encubiertas de sus países. Bajo el patrocinio poco disimulado del primer ministro judío de Francia, Leon Blum, se deslizaron sin obstáculos por la frontera española. Otros vinieron de lugares tan lejanos como Estados Unidos, donde a los miembros de algo llamado "la Brigada Abraham Lincoln" (personificación del comunismo judío donde las haya) se les permitió el libre acceso a la Guerra Civil española, a pesar de la política pública "oficial" de Roosevelt de no intervención.

Pero los nacionalistas también atrajeron a sus voluntarios, desde los fascistas de los Camisas Azules de Irlanda y los Camisas Negras italianos, hasta pilotos polacos y expatriados rusos. Entre ellos se encontraban los aviadores *de la Legión*

Cóndor alemana, que desempeñó un papel decisivo en el desenlace de la guerra al conseguir la superioridad aérea para los nacionalistas. Su saga épica fue *Flowering Rifle*, de Roy Campbell, uno de los grandes nombres de la poesía inglesa del siglo XX, y uno de los voluntarios británicos de Franco.

El 27 de abril de 1937, los periódicos de todo el mundo se llenaron de indignación por un ataque aéreo contra la ciudad vasca de Guernica, que no estaba defendida. Aparecieron fotografías espantosas de 6.000 mujeres y niños muertos acompañadas de titulares que acusaban a los "asesinos nazis" de causar esta terrible tragedia. Mientras los periodistas de Francia, Inglaterra, Rusia y Estados Unidos hacían todo lo posible por inflamar a la opinión pública contra los alemanes, los pilotos de *la Legión Cóndor* estaban desconcertados, porque nunca habían bombardeado Guernica. Sus objetivos se limitaron a los bastiones republicanos en torno a la cercana ciudad de Bilbao. Aunque los muertos civiles de Guernica eran reales, en realidad habían sido masacrados por escuadrones de asalto comunistas, que transformaron sus propias atrocidades en propaganda antifascista. Contaban, por supuesto, con la complicidad de la prensa mundial, en gran medida simpatizante, cuyos lectores no tuvieron la oportunidad de conocer las pruebas contrarias ni de los alemanes ni de la Cruz Roja Internacional. La connivencia comunista y de los medios de comunicación para tergiversar la verdad contra los nacionalsocialistas había sido bastante común desde el momento en que Adolf Hitler desarrolló su ideología en 1920. Pero con el Guernica, el alcance del engaño alcanzó una magnitud sin precedentes que se repetiría y ampliaría continuamente a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, hasta el momento presente. La gran verdad de la Guerra Civil española fue que la ganaron elementos patrióticos de toda Europa en un nuevo espíritu cooperativo que trascendía las mezquinas divisiones chovinistas de antaño.

Esa verdad fue dramatizada en abril de 1939, cuando una gigantesca manifestación fue escenificada por las calles de Madrid por las fuerzas victoriosas del General Franco. Falangistas españoles y fascistas italianos desfilaron con los Legionarios Cóndor alemanes y voluntarios que representaban a muchas otras nacionalidades europeas. Habían demostrado que los peores enemigos de su raza podían ser derrotados permaneciendo unidos como guerreros arios, una prueba que volvieron a validar en los años venideros.

Tras fracasar en su intento de aplastar al fascismo y al nacionalsocialismo en España, los decepcionados judíos y sus lacayos buscaron otras oportunidades para reavivar su "guerra santa". Encontraron dos en Europa central y oriental.

¡El NSDAP/AO es el mayor suministrador mundial de propaganda Nacional Socialista!

Revistas impresas y online en muchas lenguas
Cientos de libros en casi una docena de lenguas
Sobre 100 webs en docenas de lenguas